

CAPITULO XIV

El fin del comercio

Volvamos a París, que dejamos en plena crisis de reorganización. Fué aquel un período caótico y confuso, pero de impulso magnífico. Todos tenían empeño en participar de la tarea reorganizadora, dedicando al trabajo un entusiasmo y una tenacidad incomparable. Trabajando para sí, sentíanse todos dueños del porvenir.

Todos los problemas se planteaban a la vez, y a todos urgía dar solución satisfactoria; pero ninguno tan apremiante como el de las subsistencias.

París no podía prescindir de la afluencia continua de los productos alimenticios; y era tanto más urgente restablecer regularmente las arribadas cuanto que en el período de la huelga general se habían agotado los depósitos. Además era de presumir que en los primeros momentos faltase la confianza en el nuevo régimen, y que los hortelanos, ganaderos y proveedores de París se abstuvieran de hacer sus expediciones sin la certidumbre de ser remunerados.

Los diversos sindicatos de la alimentación, cada uno en su esfera, habían formado inventario de las provisiones almacenadas y una estadística aproximada de las cantidades de productos necesarios diariamente. Delegados sindicales recibieron encargo de recorrer los centros de expedición, dando a los expedidores las garantías apetecibles para el restablecimiento de los envíos. Para desempeñar esta misión no faltaron buenas voluntades; aparte de los militantes de las grandes cooperativas de consumo o de compra, entre otras el Almacén al por mayor, que fueron utilísimas por sus antiguas relaciones, se presentaron muchas personas ofreciendo su concurso. Los sindicatos aprovecharon el saber y la experiencia de los tráfugas de la burguesía; hombres que en la sociedad capitalista habían desempeñado cargos importantes y que se ofrecían francamente a la revolución deseando ser útiles.

Los delegados a la provisión no se limitaron a una tarea de orden puramente material y comercial, desempeñaron también una misión de propaganda. En las regiones donde funcionaban sindicatos agrícolas y cooperativas de producción, su misión era sencilla; todos allí estaban preparados para aceptar modos de cambio menos rudimentarios que el trueque de sus productos por moneda; pero en las co-

marcas donde la vida social comenzó con la revolución, y peor aún en las refractarias, tuvieron que desplegar todos sus medios de persuasión.

Sobre todo, en ninguna circunstancia había de recurrirse a la fuerza, que reduce a la impotencia a los gobernantes y no puede servir para convencer al pueblo.

Si había campesinos, obreros y pequeños propietarios a quienes los misioneros de la revolución no podían convencer, se esperaba que el tiempo y el ejemplo lo lograrían al fin.

Los sindicatos de obreros del pan, de la carne, de la leche y otros se dispusieron para asegurar la distribución y perfeccionar su mecanismo. Convertido el reparto en función social, cada sindicato se encargó de proveer a las necesidades. El sistema de las tiendas diseminadas o establecidas frente a frente para disputarse la clientela, era demasiado absurdo para ser mantenido.

Entre tanto se formó un censo interino de los almacenes útiles, y los considerados como innecesarios se cerraron. En la mayoría de casos, se tomaron esas medidas con el consentimiento de los antiguos propietarios. Los patrones tahoneros, carniceros y tenderos en general fueron invitados a afiliarse al sindicato

de su corporación respectiva, y de comerciantes pasaron a ser repartidores, en su misma tienda, cuando ésta fué conservada. Aquellos que no aceptaron esas proposiciones fueron boicoteados, no encontrando obreros que les trabajaran. Además, como en su casa se había de comprar según el antiguo sistema, les faltó clientela, y no tuvieron más remedio que ceder, quedando al fin satisfechos.

La trustificación de algunos comercios de la alimentación facilitó el abastecimiento y la distribución; como sucedió, entre otros, respecto del consumo de la leche. Los servicios de los trusts se pusieron nuevamente en actividad, bastando modificar el régimen de aquellas casas para transformarlos en organismos sociales.

Las cooperativas de consumo, que en la sociedad burguesa habían servido para competir con el comercio y defender el consumo de la avaricia capitalista, perdían su razón de ser en virtud de que las funciones de distribución, que hasta aquel momento habían realizado, quedaban a cargo de los sindicatos. Justo es reconocer que, durante el período de tanteo y reorganización, prestaron buenos servicios y fueron preciosos auxiliares.

En los diversos ramos del antiguo comercio,

la organización de los servicios de repartición se operó sobre el mismo plan que respecto de la alimentación: los sindicatos de empleados de cada clase se dedicaron a servir de intermediarios entre productores y consumidores, simplificando en extremo las operaciones. Como ya no se trataba de hacer negocio ni de obtener ganancia sobre el servicio de intermediarios, el funcionamiento de los almacenes recordaba el sistema de las cooperativas de consumo.

La multiplicidad de tiendas, que antes se disputaban la clientela, fué reemplazada por una red de almacenes generales, con depósitos de barrio. Esta simplificación tuvo por primer resultado facilitar el mecanismo de la distribución, por cuya causa muchos empleados en ese servicio que ya no fueron necesarios se dedicaron a la producción.

La organización metódica de esos almacenes generales no se efectuó sin resistencia: muchos pequeños comerciantes persistieron en continuar su antigua vida; no se les violentó, y se les dejó vegetar en su rincón. Otros se acomodaron a la nueva vida; con ellos, como con el comercio de la alimentación, hubo transacción: algunas de sus tiendas se transformaron en depósitos de barrio, cesando las tomas de géneros que tanto irritaron a los ex-comerciantes en los primeros días. Pronto declararon

que no habían perdido en el cambio, porque su existencia, frecuentemente llena de cuidados e inquietudes, se había transformado en una vida tranquila, amplia y libre de los temores del porvenir.

La distribución de los productos de primera necesidad se efectuó sobre un plan comunista. Para su entrega sólo se exigía en los almacenes de reparto la presentación de una carta de consumo, librada por el sindicato á que pertenecía el consumidor. Provisionalmente, excepto para el pan y el azúcar por haber stock considerable de azúcar y trigo, se adoptó un ligero racionamiento, que no llegó a constituir privación y sólo fué prudente economía en previsión de escasez por insuficiencia o irregularidad en las arribadas.

No se tomó ninguna medida excepcional respecto de los ex-privilegiados. Se consideró que no se debía someterles al tormento del hambre, usando con ellos más generosidad que la que ellos habían tenido con los desgraciados, los sin trabajo, las víctimas de la sociedad capitalista. Se les abasteció mediante pago en dinero como resto del régimen abolido, o a la presentación de cartas especiales libradas en la Bolsa del Trabajo. Todo ello provisional, esperando un arreglo definitivo, y al

efecto, se planteaba la cuestión del parasitismo, porque en la colmena social no podía haber plaza para los avejorros.

Al mismo tiempo que se resolvía el problema de la alimentación, se pensaba también en vestir y albergar convenientemente a los desheredados del antiguo régimen. Por todas partes, por barrios, por calles, por agrupaciones de vecindario, se constituyeron por afinidad grupos de información e iniciativa que hacían por aquellos desgraciados lo que por sí mismos no hubieran osado hacer: les procuraban vestidos, ropa blanca y mobiliario; buscaban los locales deshabitados y en ellos les instalaban, haciendo lo mismo con las familias que habitaban en tugurios.

La idea constante de introducir una mejora inmediata en la suerte de la masa fué la característica dominante de la revolución. Los más inconscientes se dieron cuenta de que algo había cambiado, que el aire era más respirable, la vida menos dura y el porvenir aparecía coloreado con más alegres matices.

Por haberse entregado ardientemente los revolucionarios a aumentar inmediatamente el bienestar general, la revolución se hizo invencible, triunfó de todas las resistencias, desvaneció todas las dificultades.

CAPITULO XV

Ferrocarriles, Correos, Telégrafos y Teléfonos

La reorganización de los grandes servicios de comunicación y de transporte era urgentísima, y a ella se dió principio inmediatamente después de la disolución del gobierno.

La incapacidad administrativa del Estado había sido tan notoria, que la gestión autónoma por los grupos interesados aparecía, hasta para hombres que veían la revolución con antipatía, como la solución lógica y única plausible. Esa transformación de los antiguos servicios públicos fué simplificada por su misma forma, y para cada uno de ellos procedió el personal con relativa facilidad, guiado por un solo objetivo, adaptarle a las necesidades para que fué creado, de manera que pudiera obtenerse el máximum de rendimiento con el menor esfuerzo.

En el servicio postal, telegráfico y telefónico, fué, naturalmente, la Federación sin-